

Textos
y
Glosas

Paciencia con el Señor, según san Agustín (II)

Dr. Pío de Luis Vizcaíno
Profesor Jubilado Estudio Teológico Agustiniano
deluis23@hotmail.com

Recibido: 30 marzo 2024 / Aceptado:30 mayo 2024

A. Despegue

Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (Heb 13,8). De ningún otro hombre cabe afirmar lo mismo. No obstante, no se puede negar una fundamental identidad humana a lo largo de los siglos. A la experiencia del *panta rei* –todo está en continuo movimiento– de Heráclito se contraponen la del *nihil novum sub sole* –nada hay nuevo bajo el sol– del Eclesiastés (1,9). La identidad y la diferencia van de la mano también en el hombre. El tiempo siempre es tiempo y, por tanto, mutabilidad, pero a menudo solo en las formas, que manifiestan experiencias comunes a todos los tiempos, como la de sentirse abandonado, de no suscitar el interés de nadie, de la injusticia y de la impotencia ante ella, etc. Y hoy como ayer el hombre no siempre acierta o, al menos, encuentra dificultad para introducir las en el marco estable que le ofrece su fe.

Dios se presenta a sí mismo como luz (cf. 1 Jn 1,5). Lo cual no excluye que el fiel perciba en él zonas opacas que pueden ser incluso dos datos primordiales de su fe en Dios: que es padre y que es todopoderoso. En su historia concreta el creyente acumula experiencias que le cuestionan el amor que presume en un padre y el poder de quien reconoce como

todopoderoso. ¿Tendrá Dios que manifestarse más «humano», más razonable? ¿O es el fiel el que tiene que cambiar o, al menos, purificar su concepción de Dios?

San Agustín predicó y escribió para oyentes y lectores de finales del s. IV y comienzos del V. Sus palabras respondían a experiencias vividas por cristianos de hace dieciséis siglos. Estaba en juego la capacidad de la fe cristiana para enfrentarse a cuestiones que angustiaban a espíritus religiosos que acudían al templo a escuchar la palabra de Dios de boca de su pastor. Su objetivo no era tanto llenar de ideas las mentes, cuanto abrir los espíritus a perspectivas que les permitiesen respirar; ayudarles a enmarcar las experiencias aludidas dentro de su fe, haciéndoles ver que, aunque parecieran un despropósito, tenían sentido, a la luz de la Escritura.

Los grandes maestros lo son porque su enseñanza trasciende el momento histórico en que la impartieron. La Iglesia solo proclama doctores de la Iglesia a maestros del pasado, porque se da su tiempo para ver si, tras su muerte, han seguido iluminando la vida de los fieles. Las páginas que siguen se alimentan de la ficción de que san Agustín vive en nuestro tiempo, escucha a los fieles de hoy sobre problemas idénticos o similares a los que escuchó y vivió como pastor de Hipona y les da una respuesta similar a la que dio entonces: tener paciencia con el Señor.

B. Vuelo al pasado

Tomamos en consideración textos del obispo de Hipona dirigidos a sus fieles, pues la fe es el marco adecuado para exhortar a tener paciencia con el Señor. Pero no cualesquiera fieles, sino aquellos que creen sinceramente en Dios a quien reservan un lugar y un trato de privilegio en su vida. Sería perder tiempo hacer tal exhortación a ateos, agnósticos y escépticos, o incluso a fieles con conciencia de ser cristianos pero que, en la práctica, relegan a Dios a un rincón de su casa y solo se ocupan de él cuando no tienen nada más que hacer, o cuando lo necesitan para cosas intrascendentes, o por rutinarias convenciones sociales (*en. Ps. 26,2,16*).

La fe otorga al fiel certezas, de pasado, de presente y de futuro. Le cerciora de que Dios es, a la vez Padre –porque lo creó, lo llama, lo manda y lo gobierna– y Madre –porque le da calor, lo cría, lo amamanta y lo lleva

en su seno— (*en. Ps.* 26,2,18). Por la fe sabe que es heredero de Dios, al que espera recibir como herencia propia, aunque no exclusiva (*en. Ps.* 1,4); que la Iglesia en la que ahora vive la fe la constituyen los miembros de Cristo, y que en ella vive Cristo mismo, aunque oculto (*en. Ps.* 26,2,10; 41,9); que, en el momento de la recompensa definitiva (cf. *Lc* 14,14; *s.* 339,6), el Señor le otorgará el don reservado específicamente para quienes creen en él (*en. Ps.* 36,2,4), esto es, la comunión definitiva con él (*en. Ps.* 29,2,8); que por la fe, la esperanza y la caridad se halla ya en el cielo, aunque solo en el sentido de que tiene como garantía de ello a Cristo, que está con él en la tierra hasta el fin del mundo (*en. Ps.* 26,2,11); que el Apóstol, dejando de lado su pasado, centró su mente exclusivamente en lo que tenía delante (cf. *Flp* 3,13) (*s.* 179,8-9); que todo es don, pero también cosecha de una siembra propia que en su momento mostrará su fruto (*exp. Gál.* 61). Sabe, por último y esto le llena de gozo, que su fe no es una pura ilusión, pues la avala el orbe entero que ya cree en Cristo (*en. Ps.* 26,1,6; 26,2,13). Un cúmulo de certezas que dejan constancia de dos estadios en la vida del fiel, uno provisional y otro definitivo. El «no ver» propio de la fe le otorga un carácter de interinidad, convirtiéndola en puerta que abre a la visión; en conocimiento limitado que permite el acceso al conocimiento pleno. De aquí el consejo del santo: «cree y lo experimentarás, pero no ahora» (*s.* 339,6). En efecto, la fe puede entenderse también como «visión», pero siempre como «visión» propia del peregrino. Ella permite ver, aunque como en un espejo, los bienes de la patria (*Sal* 26,13) de los que el fiel desea tener visión inmediata (*en. Ps.* 26,1,13; 26,2,22). Lejos aún de la patria, la desea vivamente y camina hacia ella (*en. Ps.* 26,2,10). La situación de provisionalidad en que vive estimula el deseo de alcanzar la situación definitiva. Por ello, la fe es inseparable de la esperanza y del amor. La esperanza confía alcanzar el objeto de su amor, cuya existencia garantiza la fe. La insistencia del santo en el «no ver» su objeto como característica de la fe prepara el motivo de la paciencia con el Señor.

La etapa provisional despierta el deseo de la etapa definitiva, salvo que el caminante prefiera distraerse en el camino en vez de continuar hasta la meta, la casa del Señor —en palabras del salmista—, o la Iglesia celeste —en la presentación del teólogo Agustín—. El fiel suspira por habitar esa casa, por ser miembro de esa Iglesia. Ese deseo y esperanza pudieran parecer una osadía, pero deja de serlo para quien presume solo de la garantía que le dejó el Señor (*en. Ps.* 26,2,10). La tradición filosófica

platónica, que históricamente ha prevalecido en la concepción cristiana de la vida futura, considera a Dios como Verdad que contemplar y como Bien del que disfrutar. En los textos examinados el Bien obtiene la preferencia sobre la Verdad. Como el salmista (Sal 26,4), el fiel anhela contemplar las delicias del Señor (cf. Sal 26,4) (*en. Ps.* 26,1,4; 26,2,8-10.14-17).

Habitados a asociar la contemplación con la verdad, sorprende que se hable de *contemplar las delicias del Señor*. El fiel, como el salmista, se presenta como un contemplativo de la Belleza y del Deleite a la vez. San Agustín habla de «contemplar la belleza deliciosa (*species delectabilis*)», mostrando así que la belleza (*species*) es deliciosa o que las delicias son producto de la belleza (*en. Ps.* 26,1,4). El fiel anhela la contemplación cara a cara del Señor –ver su rostro (Sal 26,8)–, sin nada que la perturbe, sin sugestión que la desvíe, sin nadie que la impida, sin enemigo que interfiera. En estas condiciones, propias de la etapa definitiva, el gozo de las delicias del Señor Dios será pleno (*en. Ps.* 26,2,9). Al presente, la contemplación del rostro del Señor solo es posible en la persona de Jesucristo.

El fiel amante del Señor hace suya la actitud del salmista de buscarlo continuamente. Ninguna otra búsqueda garantiza mejor recompensa. Ante la posibilidad de contemplar su rostro, ha de ceder cualquier otra propuesta, por placentera que pueda parecer (*en. Ps.* 26,2,15-16). Por ello, nada teme más que errar en su verdadera identidad y confundirlo con otro. El sufrimiento sería insoportable para quien ama el verdadero rostro de Dios (*en. Ps.* 26,1,8-9). El peligro es real (cf. *conf.* 1,1; *sol.* 1,6). Evitar la confusión requiere activar los ojos del corazón, previamente purificados (Mt 5,8) y pedir al Señor –como el salmista– que no le retire su rostro (Sal 26,9). Si Dios se desentiende de él, nada podrá hacer; asimismo, sin la propia colaboración, todo resultará en vano (*en. Ps.* 26,1,9). En el salmo 41 el salmista, a la vez que manifiesta el deseo de llegar a las Fuentes de agua, donde saciar su sed del Dios vivo, describe una experiencia de él que aviva el deseo; el salmo 26, en la exposición del obispo de Hipona, solo hay deseo, no experiencia.

Igual que el salmista, el fiel busca a Dios en las cosas visibles y corpóreas. Al resultarle infructuosa la búsqueda –incluso la hecha en sí mismo–, trasciende la propia alma para llegar a donde él mora. Pero donde lo encuentra con seguridad es en la comunión con los demás fieles,

en la Iglesia peregrina, obra maravillosa de Dios, única vía que no conduce al extravío. La vida en ella está llena de experiencias que le suscitan admiración y que anticipan otras que le producirán estupor, pero ya en la morada de Dios. Tales experiencias le permiten conocer –o mejor, intuir– ya en el tiempo las que vivirá en la eternidad (*en. Ps.* 41,9).

Para expresar lo que allí producirá estupor el santo prefiere el vocabulario de la sensibilidad interior al de la inteligencia. No habla de verdad, sino de cierta dulzura, de un placer aquí oculto y por eso desconocido; de una música, íntima e inteligible, ejecutada con instrumentos celestiales en un ambiente de júbilo y alabanza. Allí la alegría interminable la suscita el rostro de Dios que se hace presente. Tal es la deliciosa belleza percibida al contemplar el rostro del Señor. Experimentar esa suavidad y dulzura es fruto de vivir la fe en comunión con los demás fieles, abstrayéndose de todo estrépito exterior (*en. Ps.* 41,9-10). Es la parte que corresponde al esfuerzo del fiel (*en. Ps.* 26,2,9).

Pero se trata de una experiencia limitada en la intensidad y en el tiempo, ocasional. En cuanto experiencia, es fuente de dicha; en cuanto limitada y ocasional, fuente de desdicha. Aunque de modo diferente, la dicha y la desdicha avivan en él aún más el deseo que le impulsa hacia el propio interior y, desde él, hacia las Fuentes de agua –la suavidad íntima de Dios–. La dicha no le libera de la fragilidad de su carne, de la debilidad del cuerpo que lastra el alma y distrae la mente (Sab 9,15), que le hacen resbalar hacia lo de siempre y volver a las andadas (*en. Ps.* 41,9). Su gozo anterior se transforma en gemidos, hasta el punto de alimentarse de lágrimas día y noche (Sal 41,4). Así vive su condición de peregrino, lejos aún del Señor. Tras haber experimentado con gozo la dulzura interior, tras haber podido contemplar con la mirada de la mente la realidad inmutable, aunque de manera superficial y rápida, siente que su alma está triste y le pregunta por qué (cf. Sal 41,4). La respuesta la recibe en su intimidad silenciosa: aún no se halla donde se experimenta permanentemente la dulzura y la suavidad a la que fue arrebatada como de paso. ¿Cómo no conturbarse hallándose aún en este mundo, lejos de la morada del Señor? La tristeza se hace acompañar del temor porque es consciente de sus debilidades morales, de que aún no está enteramente salvado y de que, incluso poseyendo las primicias del Espíritu, espera entre gemidos la redención de su cuerpo. No le queda sino esperar en Dios, que reconoce como su salvación (*en. Ps.* 26,2,10-11).

El fiel que ha tenido experiencia gozosa de Dios prefiere mirar al futuro, no ya al pasado. Su deseo es cambiar su condición limitada y efímera en plena y definitiva; ser partícipe de la fiesta eterna que se vive en la morada de Dios contemplando su rostro. No se siente comensal en un banquete en que, saciado con abundantes y sabrosos aperitivos, ve satisfecha su hambre y ya no le apetece comer más; al contrario, se siente como quien, asistiendo a la ejecución de una magistral pieza musical, no se conforma con asistir al prelude y luego renunciar a las demás partes que desarrollan los motivos en él apuntados. Siguiendo con la imagen, el fiel entiende la experiencia gozosa de Dios vivida en la Iglesia peregrina como prelude de la más bella sinfonía que Dios interpreta para él en su historia personal de salvación y, ansioso, desea escucharla sin fin en la Iglesia celeste. Cierto, esta imagen musical tiene el inconveniente de no reflejar debidamente las dos etapas de su vida, dado que la representación musical es un todo continuo que se vive en el mismo escenario. Pero la discontinuidad física puede vivirse espiritualmente como un *continuum*, si el intenso deseo unifica los dos momentos. En todo caso, el salmista –y con él san Agustín– ven la música como realidad adecuada para que el fiel se haga una imagen, por diluida que esté, de la fiesta eterna (*en. Ps.* 41,9). Llegados aquí, procede poner de relieve que la contemplación cara a cara del rostro del Señor – Belleza deliciosa (*species delectabilis*)– y la fiesta a la que invita el Señor tiene lugar precisamente *en la casa del Señor* (Sal 26,4), en la que entrarán en la otra vida los que en la presente moran, durante su peregrinación, en la tienda del Señor, es decir, quienes mantienen la unidad y la verdad de la fe en todo el orbe de la tierra (*en. Ps.* 26,1,14.13).

La impaciencia originada por el amor. A todo deseo acompaña cierta impaciencia, tanto mayor cuanto más intenso y cuanto más se demora su satisfacción. A todo amante el tiempo de espera se le hace eterno (*en. Ps.* 26,1,14). El fiel se pregunta cuándo podrá ver en el lugar de la vida los bienes del Señor, que juzga dulces, inmortales, insuperables, eternos, inmutables (*en. Ps.* 26,2,22); cuándo sucederá que ya nunca más tenga sed, porque ha bebido del agua que Cristo da a beber (cf. Jn 4,13) (*s.* 170,9); cuándo se verá lleno de Dios y gozando de sus abundantes dones (*s.* 339,6). Son distintas maneras de expresar con el lenguaje de la Escritura su ansia de contemplar de forma plena y definitiva el rostro de Dios, La pregunta aquí no surge de cansancio alguno, sino de un intenso deseo y de un temor, ambos manifestación de amor. Del deseo de que la

contemplación deliciosa, la experiencia gozosa de Dios no sea solo cosa del pasado, sino realidad de un presente que ya no conozca término; del temor de que Dios, airado, aparte de él su rostro (*en. Ps. 26,2,16*), algo que le resultaría insoportable (*en. Ps. 26,1,9*). De ese temor es elocuente expresión cómo hace la pregunta: «Lo dijo suspirado, jadeante, sintiéndose en peligro, al hallarse en medio de un tropel de tentaciones» (*en. Ps. 26,2,22*). Desea que el momento anhelado llegue cuanto antes, porque el tiempo juega en su contra, pues sabe que puede ceder a la tentación que le aparte del objeto de su amor. Ante Dios nadie puede presumir de plena seguridad, salvo que la seguridad se fundamente en su misericordia (*ib.*).

La impaciencia originada por la tribulación. El hecho de que esta vida sea «el día de nuestros males» (cf. Sal 26,5) es también fuente de impaciencia. Cierto, tales males los experimentan de un modo los impíos y de otro los fieles mientras dura su condición de peregrinos lejos del Señor (2 Cor 5,6), pero existen y dan razón de la última petición del Padre nuestro: *Libranos del mal* (Mt 6,13) (*en. Ps. 26,2,10*). El fiel sufre aún a los enemigos del Cuerpo de Cristo, que pueden ensañarse con él (*en. Ps. 26,2,11*) y soportarlos le resulta tarea ardua (*en. Ps. 26,1,14*). De hecho, vive acosado por una multitud que conspira y, directa o indirectamente, actúa contra él (*en. Ps. 26,1,3*). Multitud compuesta por una amplia categoría de personas, que no es preciso detallar aquí. Por otra parte, se trata de sujetos con gran poder en la sociedad, sumamente hábiles y activos para conseguir sus objetivos, pues su publicidad siempre cosecha éxitos (*en. Ps. 36,2,4*). A ellos hay que añadir quienes, con buena intención, tratan de apartar al fiel del propio propósito (*en. Ps. 26,1,2*). Es su pan de cada día durante el tiempo de pertenencia a la Iglesia en su existencia terrena. Que la Iglesia en esta etapa sea comparada a una tienda militar es señal de que existen enemigos, que le procuran todo tipo de estrecheces, de angustias, de tribulaciones, de pruebas, de escándalos y de persecuciones. Enemigos tanto más numerosos y oprimentes cuanto mayor es el esfuerzo en progresar en la vida cristiana. Y no se trata de una situación momentánea, sino que durará hasta el final (*en. Ps. 29,2,6.8*). El santo tampoco olvida los males que se originan dentro de un marco de fe como la rivalidad de los que, por pura soberbia, rompen la unidad (*c. litt. Pet. 3,4*).

La impaciencia del fiel la suscita, pues, tanto su experiencia gozosa de Dios como la dura experiencia del mal en que se encuentra envuelto. Prueba de ella son las repetidas preguntas por el cuándo: «¿Cuándo se hará

manifiesto que los malvados han dejado ya de divertirse a costa de nosotros? ¿Cuándo quedarán cubiertos de oprobio?». Aunque se trata de preguntas retóricas respondidas de inmediato –cuando Cristo venga a retribuir a justos y pecadores– no deja de ser expresión de impaciencia, debido a que ese momento resulta desconocido. Expresión indirecta de la impaciencia es también la pregunta –siempre retórica– que formula el predicador después de haber señalado los éxitos de los malvados: «¿Será siempre así?». Desde esta nueva perspectiva, la impaciencia surge del cansancio de ver que los malvados suelen triunfar siempre y del temor a que el ánimo, abatido entre tantas molestias, comience a «resbalar», a venirse abajo (*en. Ps.* 36,2,4) y se quiebre su fe (*s.* 339,6). A esas se añade la pregunta cruda de por qué de ordinario en la tierra les va bien a los malos y mal a los buenos. Darle respuesta es la fatigosa tarea que el fiel tiene ante sí hasta el momento de llegar a la morada de Dios (*en. Ps.* 41,9). Muchos, cansados de esperar –he aquí la impaciencia– las promesas del Dios veraz, no se avergüenzan de pasarse al bando del mundo falaz (*s.* 157,1).

En resumen: tanto el fiel que ama intensamente al Señor como el que siente el peso de las muchas tribulaciones consideran que el Señor amado y todopoderoso tarda demasiado en manifestarse y en actuar, al menos en la forma deseada por ellos. Esa tardanza origina en uno y otro intranquilidad e impaciencia. El amante solo ve lentitud en el proceder de Dios; al atribulado, le resulta duro ver triunfar a los malvados (*en. Ps.* 26,1,14). El primero nada desea tanto como experimentar su presencia y vivir siempre en compañía de su amado Dios; el segundo nada desea tanto como ver una intervención definitiva en su favor del omnímodo poder de Dios. Atrapados en esa impaciencia, uno y otro no hacen sino preguntarse, sin espíritu alguno de rebeldía, hasta cuándo tendrán que seguir esperando, cuándo el Señor se decidirá por fin a atender sus deseos, lo que, por otra parte, es promesa hecha por él. La respuesta a las preguntas, explícitas o implícitas, que suscita el deseo o el cansancio, o incluso el temor, consiste en una exhortación a tener paciencia con el Señor. San Agustín la toma del salmista (*Sal* 26,14), convencido de que el Señor, desde su altura por la que domina sobre todo y sobre todos (*en. Ps.* 26,2,23), la comunica directamente al fiel en su interior (*en. Ps.* 41,11). Exhortación adecuada para tiempos que reclaman el ejercicio de la paciencia (*s.* 157,1), para situaciones incómodas como las descritas (*en. Ps.* 29,2,8; 36,2,4; *exp. Gal.* 61), como respuesta a las diversas preguntas por el

cuándo (*en. Ps. 26,1,14; s. 170,9; 339,6.7*), o por la duración de la situación presente (*en. Ps. 26,2,23*). Exhortación que el salmista adoba con dos condiciones que hacen posible la paciencia (*s. 157,1*) (*en. Ps. 29.2.8*): una actitud varonil y un corazón fuerte, que aluden al modo de comportarse ante el fuego de la tribulación y ante el fuego del amor (*en. Ps. 26,1,14*).

Fundamento de la paciencia con Dios. En el contexto descrito la paciencia aparece como la virtud que sostiene la larga y sufrida espera que provoca el amor; tanto más larga y sufrida cuanto más intenso es; luego el cúmulo de tribulaciones que experimenta o de que es testigo; tanto más larga y sufrida cuanto mayor es la certeza de que son evitables, si se considera la omnipotencia del Señor. Para comenzar, tener paciencia con Dios significa dar tiempo al tiempo, asumiendo que cada cosa tiene su momento adecuado y, en el caso del Señor, aceptar que su reloj tiene un ritmo distinto del de los hombres; aceptar también que, por definición, tener paciencia con el Señor implica reconocerle el derecho a ejercer su dominio como, donde y cuando quiere.

Desde la perspectiva del amor, el fiel que busca el encuentro definitivo con el Señor ha de tener en cuenta, primero, la fidelidad a su promesa por parte de quien es veraz y todopoderoso, quien, en cuanto veraz, no puede engañar— y a quien, en cuanto todopoderoso, nada ni nadie puede impedirle cumplir lo prometido (*en. Ps. 26,1,14; s. 157,1*); luego, que el retardo en recibir un don del Señor no presupone que le sea negado, por lo que, aun en ese caso, no se debe perder la esperanza (*en. Ps. 26,1,14; s. 170,9*); por último, que tiene como garantía a Cristo de cuyo cuerpo es miembro (cf. *en. Ps. 26,2,10-11*). Por otra parte, fijándose en sí mismo, el fiel ha de pensar que anhela poseer a Dios, no una simple participación en el, por significativa que sea, y que el tiempo de espera — de ejercicio de la paciencia— juega a su favor, habida cuenta de que es tal la magnitud del don que no dispone de capacidad para acogerlo, pero que puede aumentarla acrecentando la fe durante el tiempo en que ejercita su paciencia (*s. 339,6*); ha de pensar también que resulta lógico que tenga paciencia con quien antes fue paciente con él —si el Señor no la hubiera ejercitado con él durante el tiempo que duró su condición de pecador, no estaría en condiciones de esperar lo que se le invita a esperar con paciencia (*s. 339,7*)—; por último, ha de pensar que lo que cuenta es el resultado final, por lo que en una recompensa de eternidad, cualquier espera temporal es insignificante.

Desde la perspectiva específica del mal sufrido, tener paciencia con el Señor implica aceptar varios presupuestos. Uno, que el mal no es causado por Dios, aunque lo permite, como lo prueban las palabras de Jesús (cf. Jn 19,11) y de Job (cf. Job 1,21) (*en. Ps.* 29,2,7); otro, que hay que comparar lo que permite ahora al injusto con lo que reserva para los justos (*en. Ps.* 36,2,4; *ep.* 61,4)–; un tercero, que esa permisión está gobernada por la divina Providencia, es decir, por el cuidado que Dio tiene de sus criaturas (*en. Ps.* 29,2,6); un cuarto, que el objetivo de la misma no es dañar –Dios no es un sádico–, sino castigar –en cuanto justo y misericordioso, Dios castiga en esta vida (justicia), para no castigar en la otra (misericordia)–; un quinto, que con las tribulaciones el Señor quiere someter al fiel a prueba para que se conozca a sí mismo, o acrecentar su recompensa (*en. Ps.* 29,2,6); un sexto, que bien está lo que bien acaba –al término de todo, se enjugará el sudor del fiel, se secarán sus lágrimas y no volverá a llorar (*en. Ps.* 29,2,8)–; por último, que sufrir la tribulación no manifiesta desamor alguno de parte del Señor, como lo prueba el sufrimiento de Cristo en Getsemaní y el Calvario (*en. Ps.* 29,2,11). A la luz de este último presupuesto, aceptar la tribulación manifiesta la actitud «varonil» –por referencia a Cristo– del fiel, independientemente de que se trate de un varón o de una mujer y, por tanto, su integración vital en él como miembro suyo. Integración en Cristo que comienza en esta vida en medio de la tribulación y concluirá en la otra, envuelto en la bienaventuranza. Hijo de Dios como Cristo y en Cristo, el fiel está sometido a la sabia pedagogía de Dios que corrige y azota al hijo al que acoge porque le ama (Heb 12,6) (*en. Ps.* 36,2,4).

C. Aterrizaje en el presente

Como ya indicamos, protagonistas de nuestra ficción son aquellos fieles que, justamente por vivir de la fe, quieren amar sobre todo a Dios, se esfuerzan por vivir en permanente trato de intimidad con él, le dedican el tiempo de que pueden disponer, sufren si no pueden dedicarle todo el que quisieran, o por no dedicárselo en la forma que desearían. «¡Cuánto quiero amar al Señor!», confiesan. O, buscando precisión, se limitan a afirmar que creen que le aman de verdad, ante el temor de que todo quede en simple deseo, aun sabiendo que es Dios quien lo pone en ellos. Su

corazón se encoge en el cara a cara con él en la oración. Saben que, por pura gracia, Dios está en el centro de su vida. Al mismo tiempo, advierten dentro de sí un «espacio» vacío que desean verlo ocupado por él. Dios les corresponde obsequiándoles en determinados momentos con cierta dulzura de la que gozan en su interior, sin alharacas exteriores. Dulzura que, a veces, hasta se les convierte en fuente de sufrimiento, al ignorar si tiene su origen en Dios o en Satanás que se disfraza de ángel de luz (cf. 2 Cor 11,14), o, incluso, si no se reduce todo a sensiblerías o fantasías. De hecho, no faltan quienes creen haber levitado hasta cimas místicas, cuando en realidad no han despegado del suelo. Lo cierto es que puntuales experiencias gozosas despiertan en ellos el deseo de mayor intensidad, frecuencia e inmediatez.

Estos fieles participan asiduamente en la celebración de los misterios salvíficos del Señor; tratan de vivir de ellos y su contemplación hasta les arranca lágrimas de emoción y gratitud, si no siempre de los ojos, al menos del corazón; disfrutan de la belleza del culto –manifestación de la belleza de Dios– si es celebrado con dignidad y sencillez, ajeno a toda voluntad de producir espectáculo que busque satisfacer los sentidos. Belleza de Dios de que disfrutaban también en la contemplación de las maravillas de la naturaleza. Son fieles que, ante la experiencia –por limitada que haya sido– de Dios y ante toda belleza de la que Dios es fuente última, se preguntan cómo será el encuentro definitivo con él y cuál la belleza de la vida en su compañía.

De hecho, viven con clara conciencia –nunca morbosa ni escrupulosa– de ser pecadores, que tiene su origen en la contemplación amorosa del Dios santo. La esplendorosa luz de la santidad divina bajo la que están habituados a ubicarse les permite advertir en su interior abundantes manchas que, ante otra luz menos potente, les pasarían inadvertidas. Esa luz les permite percibir el polvo que inevitablemente se pega a los pies de quien peregrina en esta vida hacia la casa de Dios. Saben bien que, por pequeñas que sean, las gotas de agua, acumuladas, pueden convertirse en torrente en crecida que derribe su casa interior. Sus deseos ardientes y su avidez de volcarse en el Señor, su ansia de sentirse irresistiblemente atraídos por él, chocan con un corazón que creen demasiado «carnal». Por eso se les ponen los pelos de punta solo de pensar que pueden descuidar o hacer mal uso de los infinitos dones de la gracia de Dios, ya provengan de la naturaleza, ya del bautismo. Esa misma

conciencia de pecado con la que les resulta difícil convivir los impulsa a acudir a la fuente de la misericordia y a tener la renovada experiencia, gozosa y agradecida, de sentirse perdonados, a la vez que les suscita el temor a recaer en el pecado, percibido como manifestación de enorme ingratitud.

Son fieles con clara conciencia de pertenecer a la familia espiritual que es la Iglesia, de la que se sienten hijos. El domicilio familiar es la parroquia, realidad espiritual antes que física, y “tienda” transitoria a la espera de llegar a la “Casa de Dios”, en que esperan morar definitivamente con Dios y en Dios. Aunque lugar de paso, en ella comienzan a experimentar las bondades presentes del amor de Dios y a intuir las futuras, despertando así el deseo de ellas, alimentado por la lectura, meditación y estudio asiduos de la palabra de Dios.

Son fieles en los que la experiencia gozosa de la bondad de Dios se ve acompañado por el sufrimiento que produce la maldad humana. La experiencia del amor de Dios que aguza su vista para percibir el pecado presente en ellos, la aguza también para percibir con dolor determinadas realidades sociales como, por ejemplo, la exclusión de la vida pública de los valores humanos y religiosos, el éxito de quienes los atacan y la débil o nula oposición que estos encuentran.

Fieles, por tanto, que sufren al ver cómo se arrincona cada vez más a Dios y lo que él significa; cómo se va despojando de todo signo religioso el conjunto de instituciones y lugares públicos y muchos privados; cuán manifiesta y, a la vez, sibilinamente se busca destruir la «tienda» de Dios, la Iglesia de la que forman parte y en la que viven; cómo valores humanos y religiosos son objeto de impune mofa pública; cómo se ha impuesto una moral, no ya de situación, sino de simple estadística, a menudo previamente manipulada; cómo se ataca eficazmente la vida, sobre todo, pero no solo, en su inicio y en su término; cómo se pone el progreso científico y tecnológico al servicio de objetivos deshumanizadores; cómo una desaforada búsqueda del poder o del puro interés económico, cuando no el servilismo ideológico, se sobrepone a cualquier consideración de fondo humanitario; cómo se destruye la familia natural, proponiendo alternativas indignas y, por eso, inaceptables; cómo se ensalza cualquier práctica sexual, por aberrante que sea; cómo se pervierten la inocencia de los niños y los impulsos de los jóvenes; y más en general, cómo se les

inculca lo inmediato por encima de lo permanente; lo fácil por encima de lo conveniente; lo placentero por encima de lo útil y saludable.

Fieles que sufren también por el triunfo manifiesto un día sí y otro también de los que atacan sus valores sagrados; por el multiplicarse de plataformas mediáticas de que disponen para divulgar sus ocurrencias; por la amplia audiencia que obtienen sus propuestas; por la capacidad de persuasión que manifiestan; por su descaro y desprecio sistemáticos de la verdad a la que niegan cualquier grado de objetividad; por su palabra que suplanta a la Palabra; por su demagogia, unida a la manipulación permanente del lenguaje.

Fieles que sufren igualmente ante el conformismo, cuando no derrotismo, de quienes declaran profesar los valores tan repetida y seriamente conculcados; o, en el mejor de los casos, ante la conducta timorata o temporizadora de quienes deberían liderar la respuesta social e intelectual; ante comportamientos revanchistas para tapar frustraciones personales; ante la incongruencia de quienes lamentan la desaparición de los signos religiosos de la vida pública y ellos mismos renuncian a presentarse como signos; ante las conductas escandalosas que quitan credibilidad a todo argumento por convincente que pueda ser; ante la utilización de los valores teóricamente defendidos para obtener réditos en otros ámbitos. Fieles, por último, que sufren por la propia impotencia e incapacidad para hacer lo que creen que debería hacerse.

La experiencia aquí descrita converge, en su realidad última, con la descrita por san Agustín, aunque las manifestaciones concretas puedan ser diversas, como es lógico, habida cuenta de los siglos interpuestos entre una y otra. A menudo, el fiel tiene la impresión de que su fe cristiana choca de alguna manera con la realidad retratada, como si Dios dejase en entredicho su amor o su poder; como si se desentendiese, a la vez, de quienes lo aman y desean y de quienes lo odian o lo ningunean en una acepción radical del verbo que va más allá de las admitidas por el Diccionario de la Lengua. O, en última instancia, como si, desde la atalaya de su excelencia sin par, se despreocupase hasta de sí mismo y de su propia causa.

Tal impresión la percibe el fiel retratado como tentación y por eso la rechaza. Pero ese rechazo no evita que formule preguntas. El convencimiento de que la situación, lejos de estacionarse –mal menor– en

el *statu quo*, seguirá avanzando en la misma dirección, le lleva preguntarse hasta cuándo va a durar o hasta dónde va a llegar. O, mirando a Dios, si él va a intervenir y cuándo, para cambiar el rumbo de las cosas, enderezándolas hacia la que cree que es la justa dirección. Siente que no está en juego solo la causa del hombre, sino también y ante todo la causa de Dios. Solo que, sin advertirlo, con frecuencia deja de pensar como Dios, para pensar como los hombres (cf. Mt 16,23), al querer que Dios se guíe por el sentimiento humano y rastrero del desquite frente a sus enemigos.

Si san Agustín tuviese que dirigir la palabra a esos fieles inquietos y, en cierta medida, desmoralizados de hoy, trataría de tranquilizarlos y de alentarlos. Con absoluta certeza, su respuesta la tomaría de la palabra de Dios; muy probablemente, la misma que ofreció a los hombres también inquietos e igualmente descorazonados de su tiempo, que asistían impotentes al derrumbe de estructuras y valores «de siempre». Esa respuesta no sería otra que la exhortación a tener paciencia con el Señor, la que el Señor mismo dirigió al hombre por medio del salmista (cf. Sal 26,14). Paciencia entendida como aceptación de un tiempo de espera, cuya duración solo el Señor conoce, en que el fiel tendrá que continuar coexistiendo –por supuesto solo física, nunca moralmente– con el mal y sus ejecutores, y seguir añorando el encuentro con el Señor que excluye la presencia de tan indeseables compañeros. Paciencia que el salmista asocia, en el mismo pasaje, a la posesión de una actitud varonil, ante el mal experimentado, y de fortaleza de corazón, ante el bien no consumado.

La diferencia entre el salmista y san Agustín está en que el varón a que remite el adjetivo “varonil” es para el santo obispo Jesucristo. Pero no todo acaba aquí. Desde el momento en que a Jesucristo se le considera, además de como varón individual, como figura colectiva –el «Cristo entero» (*Christus totus*)– que incluye en sí al conjunto de fieles –varones y mujeres–, en el adjetivo la concreta connotación masculina deja de ser relevante. Sin renunciar a su condición femenina, también la mujer aspira a alcanzar en Cristo la condición de “varón perfecto” (Ef 4,13). Partiendo de este presupuesto, hay que prescindir de toda perspectiva psicológica específicamente masculina; solo cabe la perspectiva genéricamente antropológica con base cristológica.

El fundamento de la paciencia con el Señor que pediría el obispo de Hipona al fiel es, pues, cristológico. No en vano Cristo –camino para ir al

Padre (cf. Jn 14,6)– encarna de modo pleno la paciencia del hombre con el Señor en las dos perspectivas señaladas. Siendo el Hijo amado del Padre, experimentó en sus carnes el triunfo –cierto que solo provisional– de sus enemigos (cf. Mt 26-27) y vivió la experiencia de sentirse abandonado por él (cf. Mt 27,46). Su paciencia tenía un sólido cimiento, pues sabía que todo el poder que ostentaban sus enemigos provenía de lo alto, del Padre (cf. Jn 19,11); sabía que el Padre solo a él haría partícipe de su señorío absoluto, nunca a los agentes del mal; sabía que estaba al servicio de su voluntad y del plan de salvación al que personal y libremente se había adherido. En este marco y como complemento, el santo introduce la divina Providencia cual «instrumento» divino para encajar dentro del plan salvífico aun lo que puede parecer incompatible con él (cf. *en. Ps.* 29,2,6). Con pedagogía suprema, ella guía a los hombres, no solo a los fieles, combinando suavidad y dureza, gozo y dolor, según la conveniencia personal y colectiva. Incluso la disciplina que pueden sufrir sus fieles puede estar al servicio de los infieles para que también ellos puedan llegar a ser fieles.

La actitud paciente de Cristo con el Padre es recomendación que el santo hace al fiel, para que la viva no como simple imitación de un modelo exterior, sino como realidad inherente a su condición de miembro del *Christus totus*. Si la paciencia de Cristo con Dios fue expresión de obediencia filial a su plan de salvación del hombre, la paciencia del fiel con Dios ha de ser igualmente manifestación de respeto filial a su voluntad de salvación en el Hijo de los miembros de su Hijo. Por eso, tener paciencia con Dios como Cristo, esto es, con Cristo y en Cristo, es inseparable de la esperanza, fundada en la confianza plena en la fidelidad, también plena, de Dios a sus promesas. Desde el reconocimiento de su poder omnímodo, de su voluntad salvífica y de su fidelidad inquebrantable a sus propias promesas, no queda sino aceptar pacientemente sus tiempos. Esto va incluido en el pensar como él, no como los hombres (cf. Mt 16,23). Esta fue la actitud varonil de Cristo, esta ha de ser la actitud “varonil” del fiel, hombre o mujer.

La paciencia con el Señor puede considerarse como actitud más bien pasiva ante el mal sufrido. Ciertamente, hay rebeldía ante el mal de la que son expresión las preguntas sobre el hasta cuándo, pero no se manifiesta en propuesta de acciones concretas para combatirlo. En el contexto de la paciencia con Dios, el problema no es lo que pueda o deba hacer el

hombre, sino lo que Dios decida hacer y cuándo, decisión que el fiel ha de aceptar con paciencia. Así resulta de los textos del santo y, previamente, de los textos bíblicos que él ha manejado. Por otra parte, el mal no es realidad de unos pocos días, meses o años, sino que acompaña la vida entera del hombre. Por mucho que el fiel se enfrente a él o incluso lo venza, siempre se tratará de victorias puntuales y parciales, que no le impedirán seguir sufriendo sus embates. Y en ese caso, el único recurso es la paciencia con el Señor que lo permite y administra según sus providentes criterios.

Según el salmista, la actitud varonil ha de ser completada con la fortaleza de corazón. En realidad las exigencias de la actitud varonil, tal como las hemos expuesto, presuponen ya esa fortaleza de corazón, sinónimo de un amor fuerte capaz de soportar, sin decaimiento alguno, el tiempo de espera que Dios haya decidido. Pero ahora no se trata de ser pacientes con el Señor ante su ser remiso a hacer frente al poder del mal y sus agentes, sino ante su diferir el encuentro con quien arde de amor por él.

El evangelio habla de la perseverancia que otorga la salvación (cf. Mt 10,22). San Pablo asocia la perseverancia con la esperanza y la esperanza con la paciencia. Vincular la paciencia a un tiempo de espera implica ponerla en relación con la virtud de la esperanza, que se manifiesta precisamente como ejercicio de paciencia con el Señor, dado que lo que el fiel espera es don suyo. Cuando nada es debido y todo es gratuito solo cabe la paciencia en quien espera algo de él. Por otra parte, al tratarse de dones que el Señor otorga gratuitamente, el ejercicio de paciencia por parte del fiel es el correlato al ejercicio de libertad por parte de Dios. En el mismo contexto de gracia, la paciencia del fiel es también correlato a su propia libertad, porque puede renunciar al don, renunciando a ser paciente.

Pero el fiel establece su relación con Dios no solo mediante la esperanza, sino también mediante la fe y el amor. Las tres virtudes teologales son tres formas de paciencia, en cuanto que las tres presuponen un sufrido tiempo de espera. Las tres revelan un presente abierto a un porvenir, un comienzo abierto a una plenitud. La fe es el comienzo de un conocimiento confiado y amoroso en el presente que espera el conocimiento pleno para el futuro; la esperanza es comienzo en el presente de una posesión cierta y amorosa que espera ser plena en el

futuro; el amor es comienzo de un encuentro cierto y confiado en el presente que espera el encuentro pleno para el futuro. Mientras que la plenitud futura, precisamente por ser plenitud, no admite grados, lo que la precede, sometido al tiempo, sí los admite, pues el conocimiento puede crecer en luminosidad; la posesión, en seguridad; el encuentro, en intensidad. En todo caso, la situación de las tres virtudes no es idéntica, porque el término de las dos primeras significa su desaparición, mientras que el de la tercera significa su plenitud. La fe y la esperanza desaparecerán, permaneciendo solo la caridad (cf. 1 Cor 13,8). Las tres virtudes, pues, implican un tiempo de espera del Señor que, aceptado, toma la forma de paciencia con él.

Se entiende que el amor intenso al Señor genere deseo e impaciencia por encontrarlo; pero también se ha de entender que el mismo amor intenso puede generar paciencia con el Señor, entendida como aceptación del tiempo establecido por él. La razón es que el deseo puede hacer productivo el tiempo de espera. La tensión entre el presente y el futuro, entre lo ya alcanzado y lo que se espera alcanzar, la mide el grado del deseo; su horizonte de futuro repercute en el presente. El deseo se mide y la medida es la capacidad para acoger lo que se desea. Puede estancarse, pero también disminuir o acrecentarse, estancándose, disminuyendo o acrecentándose al mismo tiempo la capacidad de acoger su objeto, fuente de su gozo.

San Agustín se sirve de la experiencia del deseo para justificar la paciencia con el Señor que reclama al fiel. El tiempo de espera que asume la paciencia es adecuado para aumentar su deseo del Señor, acrecentando así su personal capacidad para acogerlo y, consiguientemente, el gozo futuro que experimentará al verse acogido por el Señor. La paciencia del fiel con el Señor tiene un equivalente en la oración, que el santo entiende como ejercicio de paciencia con el Señor. Para justificar que el Señor no otorgue de inmediato lo que se le pide, se sirve de la concepción del deseo expuesta. Lo que se obtiene sin esfuerzo apenas se valora y que lo que cuesta alcanzar se valora mucho más. Aunque, ante la espera que considera larga, el fiel pueda pensar lo contrario, Dios no le niega lo que desea y le pide; solo difiere dárselo –en este caso, darse– porque repercute en beneficio del fiel mismo.

El tiempo de paciencia con el Señor sirve –repetimos– de tiempo para acrecentar el deseo del Señor y, consiguientemente, la capacidad para

acogerlo y el grado de disfrute de él. Pero tales efectos no los genera el simple paso del tiempo, pues va asociado a otros factores. Así sucede cuando el tiempo y las experiencias vividas en él van purificando la idea que el fiel tiene del Señor. El tiempo de sufrir la espera le brinda la oportunidad de ir eliminando los rasgos que puede haberle atribuido, en el caso de haberlo concebido a su propia imagen o, más en general, a imagen del hombre; oportunidad para que el Señor a la carta ceda su lugar al Señor de todos y para todos. Purificar la imagen del Señor equivale a presentarla en su propio brillo y resplandor, que encenderá más el deseo. Para percibirlo, el fiel solo tiene que mirarse a sí mismo y ver lo que fue y lo que es; lo que era y en qué lo convirtió el Señor; advertir la paciencia que tantas veces manifestó con él en el pasado, a no ser que crea que no le debe nada a él; justamente una paciencia infinitamente mayor que la que, por otra parte, él le rehúsa o, al menos, tiene dificultad en asumir. La paciencia del Señor es un nuevo rasgo suyo que impulsa desde otra perspectiva el deseo de él, por lo que, descubrir la paciencia del Señor acaba estimulando la paciencia con el Señor. Tanto más que la paciencia del Señor con él sigue siendo realidad siempre actual. Entra dentro de la mínima coherencia humana que el fiel asuma que tiene que esperar a quien tanto y tantas veces esperó por él.

En realidad, la paciencia del fiel con el Señor es una forma de asumir la paciencia del Señor con él. San Pedro justifica la paciencia del Señor con el hombre en la voluntad divina de que nadie perezca, sino que todos se conviertan (cf. 2 Pe 3,9). Pero no es este el caso del fiel contemplado, cuya conversión no es ya proyecto de futuro, sino realidad presente, siempre mejorable, por supuesto. Es cierto que aún espera ver al Señor, pero no cambiando de sentido, sino siguiendo en la misma dirección. No es lo mismo comenzar a ver, con ojos aún legañosos, lo que no veía, que comenzar a contemplar lo que ya veía. La paciencia con el Señor de que tratamos no es la paciencia de alguien que espera que el Señor le dé señales de sí mismo para aceptarlo, sino la paciencia de quien no necesita señales, porque ya lo ha conocido. Es la diferencia entre la paciencia con el Señor previa a la fe, a la esperanza y a la caridad, y la paciencia con el Señor subsiguiente a la fe, la esperanza y la caridad; la diferencia entre ir a la estación por si pasara el tren o ir porque se sabe que va a pasar. Propiamente el fiel no busca al Señor; simplemente lo espera con impaciencia y lo que se le propone es que cambie la impaciencia por

paciencia. La victoria sufrida, aunque ajustada, produce mayor satisfacción que la victoria fácil y apabullante (*conf.* 8, 7).

El Señor ejerce su paciencia con el hombre en cualquier situación en que se encuentre en esta tierra: antes de la fe y después de la fe. La permanente condición pecadora del hombre conlleva una permanente paciencia del Señor con él. Pero no cabe decir lo mismo de la paciencia del hombre con el Señor. Si es fiel, no cabe la paciencia previa a la fe, porque no es esa su situación; sí cabe, en cambio, la paciencia subsiguiente a la fe, de la que hemos venido hablando.

En principio, si la persona no es creyente, propiamente no cabe que tenga paciencia con alguien cuya existencia no acepta. No obstante, no cae fuera de la lógica, hablar de paciencia con el Señor de quien aún no lo ha encontrado. Es el caso de quien ha recibido testimonios acerca de él, pero ignora si los testigos son fiables o en qué medida. En esta situación sí cabe la paciencia o un tiempo de paciente espera por si el Señor, cuya existencia no pasa de ser presunta, da señales de sí mismo, bien directamente, bien a través de testimonios que no generen duda alguna. En realidad, habría que decir que san Agustín no contempla una paciencia de este tipo porque, según él, el problema no está en el Señor, sino en el hombre que no tiene los sentidos del alma en condiciones de percibir las señales que él le envía. En este caso, más que de paciencia con el Señor, el santo preferiría hablar de paciencia del Señor, que da tiempo al tiempo para que el hombre recupere esos sentidos que le permitan conocerlo. Si no se ha producido todavía el encuentro, la causa no está en el Señor –lo que justificaría la paciencia del hombre con el Señor–, sino en el hombre –lo que justifica la paciencia del Señor con el hombre–.

No obstante, el hipotético oyente de san Agustín, si también fuera lector de sus *Confesiones*, tendría motivos para mostrar paciencia con el Señor que aún no ha encontrado, en el caso de dar fe al testimonio del santo. El problema de san Agustín fue que el Señor le llamó y le mandó destellos, pero ni su oído ni su vista estaban habilitados para percibirlos. Su dicha fue que el Señor volvió a la carga y, en vez de solo llamarle, le gritó, y, en vez de solo mandarle simples destellos, le deslumbró, y ante esta nueva y más vigorosa intervención divina, sus sentidos, aún lejos de su plena capacidad, fueron capaces de percibirlo (cf. *Conf.* 10,38). Desde esta perspectiva, cabe pensar en términos de paciencia con el Señor,

incluso de quien aún no le ha encontrado. Paciencia a la espera de una intervención suficientemente potente para superar las limitaciones de sus sentidos interiores. Ciertamente es que, en el caso de Agustín, había precedido un largo periodo de búsqueda consciente, aunque por vías erróneas, partiendo de la certeza de que el buscado existía. Pero también es cierto que hay búsquedas no menos intensas, aunque inconscientes. A pesar de las diferencias, el ejemplo de san Agustín deja abierta la puerta a la paciencia con el Señor aun a aquellos que creen rechazarlo. Rechazo debido a que no se le ha presentado, o a que se le ha presentado con tal pátina que hace imposible reconocerlo. Con su palabra san Agustín invita a tener paciencia con el Señor a los fieles; con su vida invita a tener paciencia con él incluso a los que aún no poseen la fe, o la han perdido.